

# LA MUESTRA

## 1

—¿Cómo que si existe? ¡Por supuesto! —me habían dicho—. Vaya a la calle de Anjou, 44, en pleno centro de París. Llame a la puerta y pregunte por "las hermanas del revés". Ya verá. Es sumamente curioso.

Fui, en efecto. Era una noche de verano. París estaba desierto. No corría peligro de encontrarme con nadie... Llamé al timbre y me abrió una criada.

Primero me hicieron pasar a un pequeño gabinete, amueblado con más gusto del que normalmente se encuentra en este tipo de hoteles, y poco después se reunió conmigo una persona de aspecto respetable.

No me formuló ninguna pregunta brusca, pero sus ojos me interrogaron y, ante la respuesta muda de los míos, hizo un gesto con la cabeza que significaba: "Comprendido". No obstante, me preguntó, aunque sin rodeos:

—¿Qué salón desea, el de las bellezas o el de las curiosidades?

—Muéstreme lo más bonito que tenga —respondí—. Ya veré las curiosidades la próxima vez.

Entonces se inclinó, llamó a una puerta como para avisar y, al cabo de un instante, abrió.

En este otro saloncito, tres muchachas, ni una más, pero todas admirablemente formadas, permanecían de pie, de espaldas a mí, con la cabeza apoyada el hombro y mirando hacia atrás.

Las tres levantaban sus camisas de seda por encima de sus arqueados lomos, y dos de ellas agitaban discretamente las nalgas con un movimiento de suave oleaje, como para confirmarme la especialidad de la casa. La tercera también lo intentaba, pero demostraba tener menos práctica, y me pareció que el rojo de sus mejillas no era totalmente artificial. Elegí a esta última.

Subió la escalera delante de mí, y nos encerramos en una habitación decorada en rojo.

—¿Es cierto, cariño? ¿Vas a encularme?

—Sí, señorita, si me lo permites.

—¡Vaya pregunta! Seis veces si quieres. Me enloquece.

—Aquí me parece que no te lo impiden.

—¿A mí? Acabo de llegar, lobo mío. Eres el primero con quien subo. Hoy he terminado mi ciclo de ocho clases y ahora debuto contigo.

—¿Clases? ¿Qué clases?

—¡Oh! La patrona nos instruye antes de lanzarnos. Yo ya sabía bastantes cosas porque con mi amante sólo hacía el amor de esta manera, pero no conocía todos los trucos, ¿comprendes? Aquí me los han enseñado con un consolador. Tú mismo me dirás si he sido aplicada o no.

Mientras se desarrollaba este diálogo, yo me había ido desnudando. Me acosté en la cama y ella me hizo levantar las piernas, al tiempo que su lengua buscaba una misteriosa abertura.

—El tuyo también —le dije—. Ponte a horcajadas encima de mí.

Su grupa descendió sobre mi rostro; la luz estaba detrás de nosotros. Yo veía al mismo tiempo un coño diminuto y lindo como el de una virgen, y el ano que normalmente lo suplantaba.

Al principio, este ano me pareció como un punto al fondo de una pequeña nalga negra; luego, la viciosa muchacha "empujó" poco a poco..., apareció una aureola rosada..., un auténtico botoncito que se expandía en forma de flor..., y sin poder contenerme comencé a lamerlo muy despacio. Tenía la piel deliciosamente fina y suave, e impregnada de perfumes...

Entretanto, ella clavaba su lengua en mi ano con fuerza, invitándome, al parecer, a que la imitara. Así lo hice, y entonces se relajó totalmente: mi lengua penetró sin dificultad, como en la boca de un niño, y la hice moverse por las paredes delicadas y lisas del intestino.

Súbitamente lanzó un gritito de placer, se detuvo y, apoyando las nalgas en mi boca, me dijo:

—¡Oh! ¡Cerdo! ¡Qué bien lo haces! ¡Toma mi culo...! Sepáralo con los dedos con los dedos, mete toda la lengua... toda...

Unas gotas de su goce le comenzaban a fluir del coño, depositándose en mi pecho. De repente se corrió, experimentando el ano unos espasmos tales, que mi lengua recibía, literalmente, auténticas olea-

das de mierda. A continuación cayó sobre la cama, agotada...

Cinco minutos después pidió:

—Ahora tu rabo; dámelo..., estoy más tranquila. Hace un momento estaba tan excitada que no habría podido hacerte gozar como es debido. Pero ya verás..., no te muevas.

Hizo que me tumbara cuan largo era y se agachó sobre mi miembro con mil precauciones, hasta que el glande quedó situado exactamente bajo el ano.

—No estoy mojada, ¿lo ves? —dijo—. Pero no te preocupes, no te haré daño. Y, dejándose caer con suma habilidad, se tragó la punta del miembro y apretó violentamente el esfínter un poco más arriba.

En cuanto sentí la opresión de aquel músculo caliente, no pude contenerme y mi semen fluyó a borbotones en el intestino, mientras ella continuaba excitándose el miembro con enloquecedoras contracciones. Su culo me chupaba como una boca. Jamás había gozado de un modo tan doloroso.

—¡No te aflojes! —exclamó cuando hube expulsado el último chorro—. Apenas hemos empezado.

Y, haciendo descender su grupa, se empaló sentada encima de mí. Toda mi verga estaba sumergida en su interior. Entonces, puso en movimiento la totalidad de su musculoso y rosado trasero, que yo veía subir y bajar con una indescriptible excitación. Apoyaba los

puños en la cama y su cuerpo ascendía y descendía cada vez más rápido, sin soltar en ningún momento mi miembro, que era engullido y vomitado precipitadamente. Sintió, intuyó que mi segundo goce estaba a punto de llegar y, entonces, disminuyó la velocidad del movimiento para prolongar mi placer. Su mullido ano ascendía con suavidad alrededor de mi verga, se detenía en la cima encogiéndose, mamaba el glande ejerciendo una ligera presión, luego volvía a descender a lo largo del miembro con la misma sensación de caricia y, por último, frotaba ligeramente mi vientre con las nalgas, mientras el glande, sumergido de nuevo en el intestino, se hinchaba al contacto exquisito de un fango viscoso y ardiente...

La agarré por los hombros, la hice caer sobre mí, y, con las bocas pegadas una contra otra, por segunda vez meé lenta, penosamente, mi semen en su joven y convulsa grupa.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Aquí me llaman Fernande. En Charonne me llamaban la "Muestra", y era para quien me tenía, como en las cartas. No sirvo para la mujer chic. El invierno pasado trabajaba de encuadernadora. Siendo cría, en la escuela, dejaba que cualquiera me la metiese en el culo... Lo más extraño es que no cogiera nada... Más tarde, a los catorce años, me agencié un amiguito sin dejar de trabajar. Pero luego él se hartó, a causa de mi

reputación; le ponían motes, y no le gustaba que se supiera que hacía eso. Entones me abandonó. Por eso estoy aquí.

Sonrió, y su suave ano pellizó dos veces mi verga, a la que seguía envolviendo.

—¿Me invitas a otra consumición? —dijo—. ¿Una menta blanca? Mi culo está sediento.

—Sí, pero no enseguida. Me has dejado vacío.

—¡Oh! Si quisieras, me encargaría de volver a llenarte. .. Pero no, estás agotado. Vamos a lavarnos.

Cogió una toalla que había encima de la cama, rodeó mi miembro por la base con uno de sus extremos, y lo rodeó por entero mientras tiraba de la piel. Entonces sentí que lo golpeaba suavemente, limpiándole las manchas más acusadas. A continuación, con una delicadeza que demostraba que todavía era más amante que puta, se lo metió en la boca sin haberlo lavado, mientras permanecía agachada encima de la toalla plegada en cuatro y expulsaba, tranquilamente, las dos lavativas de semen que le había administrado.

—¿Así que en Charonne te llamaban la Muestra? —insistí.

Necesitaba un descanso. Sus confidencias me dieron pie a ello.

—¡Oh! —respondió—. También me llamaban con muchos otros motes. ¡Qué chicos más cerdos! En cuanto se hacía de noche, ya los tenía a todos corrien-

do detrás de mí. "¡Eh, nena! ¿Quieres un trago en el culo? ¡Será rápido!", me decían. Yo les escuchaba como una niña obediente. Sin embargo, no gozo con todo el mundo, ¿sabes? Para enacular bien, hay que saber hacerlo. Algunos me sacaban brillo a la badana durante una hora, y me hacía el mismo efecto que si me pasaran el plumero. ¿Y crees que me daban las gracias? Al día siguiente se reunían para gritar: "¡A por la Muestra! ¡A por la Muestra!". Y yo, aunque te cueste entenderlo, pasaba vergüenza.

—¿A qué edad empezaste?

—¡Oh! Siempre me ha gustado meterme cosas por ahí. Pero cuando me metieron la primera polla tenía nueve años. Fue papá quien me enseñó.

—Cuéntamelo.

—Bueno, un día papá llegó a casa y me encontró en la habitación con una vecinita. Hacíamos cochinas para entretenernos. Ella me había metido el mango de una herramienta en el ojete del culo, y yo estaba allí, en la cama, con el culo al aire y aquello dentro, cuando papá abrió la puerta. ¡No te puedes imaginar la paliza que me dio! Luego, me dijo: "Si eres buena no se lo diré a tu madre, pero tienes que hacer lo que yo te diga, y puesto que eso es lo que te gusta, te voy a meter algo realmente bueno, hija de puta". Yo sabía perfectamente lo que quería decir. A los nueve años, en Charonne, se saben ese tipo de cosas. Me untó el ojete

con mantequilla, y ya está, el rabo entró. A partir de aquel día, y puesto que volvía del trabajo más temprano que mamá, me administraba mi lavativa casi todas las noches. Entonces, sabiendo ya como funcionaba la cosa, fui en busca de un crío que me gustaba, un crío guapo, que se llamaba León... Ya me había enseñado el rabo un día, pero yo no había querido saber nada de hacerlo por delante... Bien, pues me puse a cuatro patas y le dije que fuera con cuidado para no romper la piel del conejo. A él, por delante o por detrás, se la traía floja. De hecho, el culo le excitaba porque no es lo habitual. Así que lo hicimos de este modo. Y después de él vinieron otros, amigos suyos a quienes se lo había contado. Eso es todo.

Mientras me hablaba, yo había introducido dos dedos en su trasero y tocaba con suavidad su dulce y líquida mucosa. Pero su relato me había enfriado un poco y no tardé en dejarla.